

CARTA "HARA-KIRI"

QUERIDOS y amables colegas de Rentería:

Karo os ha de parecer, ciertamente, el título de esto que creéis un artículo completamente laico porque no es artículo de fe, pero que en realidad es una carta abierta, completamente abierta. Si hubierais leído al cantor de los exotismos, al gran Pierre Loti, sabrías que en el Japón existía una costumbre que aún se estilaba de vez en vez y que consiste en abrirse el vientre con un sable, costumbre que se practicaba cuando a uno le había ocurrido una cosa desagradable o estaba neurasténico. Pues a la acción de abrirse el vientre le llaman "hara-kiri", y por eso digo yo "carta "hara-kiri", que no es otra cosa que una carta abierta. Claro que hay otras cosas relacionadas con esto mismo y de las que estará enterado perfectamente nuestro alcalde el Sr. Ichaso-Asu, mi respetable desconocido, de cuyas visitas profesionales me guarde Dios muchos años.

Aquí, en Europa, el "hara-kiri" lo practican los cirujanos. Cualquiera de ustedes, mis amables lectores, acude a un médico que tenga una clínica operatoria, y si le encuentra algo en el vientre, le convence para que se deje hacer el "hara-kiri". Llega el enfermo a la clínica, le preparan lo mejor posible, le hacen dormir y ¡zis-zas!, dos tajos, uno más que Toledo, y el vientre queda abierto de par en par, le revisan a uno las interioridades corpóreas. La diferencia está en que el japonés se abre el vientre él mismo, empleando el sable; aquí el sable también lo emplea quien hace el "hara-kiri", el médico cirujano, que después de haberle abierto el ojal y de coserlo poniéndole el petacho correspondiente, le deja a uno pálido con la nota de honorarios.

"Coge buena fama y échate a dormir..." dice el refrán castellano. ¡Echate a dormir... si te dejan! Aquí estoy yo, que he cogido fama de gracioso y pensaba echarme a dormir, cumpliendo el refrán, y me han fastidiado. No me dejan dormir.

—Oiga usted, que estamos esperando sus cosas, que tienen mucha gracia!, me dice Santo Tomás, que es una cosa como el santo apóstol que no creía si no veía y no tocaba... (En esto último hay muchos que sin ser apóstoles ni santos siguen su ejemplo). Y estoy pasando más apuros que "Pothoko" cuando le siguieron hasta su casa aquella noche de marras (¿Se acuerda usted, "Pothoko?" para hacer gracia. Si fuera escultor, no una gracia, ¡es gracias haría; no tenía más que copiar las Tres Gracias de Grecia, pero no soy ni peón de albañil...)

¡Ay si yo fuera rey, quiero decir si yo fuera como Urigoitia, el rival del tenor donostiarrarra rrrrtil! Entonces si que haría gracia. Cuántas veces me acuerdo de un caso ocurrido y del que él mismo no está enterado.

Iban una tarde de fiesta por el campo y el bueno de Urigoitia, que ya sabe que vale para estas cosas, empieza a imitar el sonido del violín con la boca... Sus amigos quedaron con la boca abierta, pero con la boca más abierta quedaron otros que se encontraban cerca y que se llevaron el gran susto, porque creyeron que se acercaba una serpiente cascabel. Gracias a que Urigoitia empezó a cantar lo de "Marina": Ya sabes tú que yo tenía... ya sabes tú que yo tenía... ya sabes tú que yo tenía... Y como no sabía de "tenía" parecía que tenía la solitaria, que se llama tenía...

También me conformaría con tener la gracia de un conocido renteriano, tan popular como trabajador, que todo lo trabuca y hace gracia aunque hable en serio, y en vez de decir que ha comido sopas de ajo dice que eran ajos de sopa; que dice que hace magnesia todas las mañanas, en vez de decir gimnasia; que le ha salido la culata por el tiro y que si me acuerdo no te he visto.

Quedamos en que no tengo gracia, que a pesar de la fama es una mala fama, que no tengo coispa, porque soy agitado, porque soy hombre que siempre tiene delante una botella de agua, botella y agua que respeta tanto que nunca las toca para nada. Pensé presentarme a Olaci-egui para que me facilitara unos frascos de sales de los que tiene en la farmacia, porque con muchas sales estaría salado y algo saldría; pero ni ese consuelo me queda.

Considerando que fracasaría en mi intento de hacer gracia a los renterianos en estas fiestas de la Magdalena, "veroniqueo", lloro como la hija de Magdalena y me retiro por el foro a ver si me hacen foral y tengo más sombra, porque el sol me molesta en estos mismos instantes en que estoy dedicado a las ingratas tareas de la prensa.

Este es el motivo que me impulsa a dirigir a mis queridos amigos de la revista Rentería, cuyas manos estrecho con más efusión que la Mancha o Gibraltar, esta carta "hara-kiri", que para los que saben tanto como yo, quiere decir "carta abierta".

Seguro que quiero servidores atentos,

NEPOMUCENO.

San Sebastián, junio, 1924.



—¿Y V. se cree con condiciones para ser un buen poeta?
—Sí, señor, yo resisto mucho sentado.

EL ALMA DE LOS PUEBLOS

*Quando en el cielo, de luz privado,
el velo funeral de media noche
tendido está; cuando de sangre tintos
los espectros, saliendo de sus tumbas,
turban de los vivientes el reposo,
ni espíritus, ni duendes, ni fantasmas,
con aparentes sombras me rodean;
sólo hallando en mi sueño interrumpido
la dulce imagen de pueblo tan querido.*

RENTERÍA ha sido ignoto para mí, hasta no hace aún largo tiempo. Lo conocía sencillamente por su situación geográfica y me lo figuraba—si alguna vez me lo figuré—como uno de tantos pueblos. Un poco de industria y otro poco de "un no sé qué", que suelen tener todos los pueblos. Corpus Christi, uno de esos jueves clásicos, en el "argot" español de los días populares, de un año que ahora no viene al caso, era el día en que yo posé mi humilde planta por primera vez en el recinto de la Noble y Heroica Villa de Rentería.

Confieso, con un poco de ingenuidad si queréis, que no acertaría ahora a explicar cuál fue la primera impresión que me causó este pueblo, hoy por mí tan querido. Lo que sí sabré decirlo, dejando aparte otras consideraciones que muy bien se os pudieran sugerir, es que en los anales de mi vida debe constar como fecha muy grata, tal vez fausta, el Corpus Christi ese de que antes os hablé. Si le preguntáis a cualquier viajero que por primera vez os visite, qué le parece Rentería, tal vez su contestación sea un sencillo movimiento de hombros. Pero a mí—dicen que soy muy siglo XIX—más romántico y místico de lo que hoy se acostumbra por estos mundos de Dios, no me cuadra tal respuesta. No es la primera vez que yo he dedicado en la Prensa un canto a vuestro solar, pero eso muy posible que ningún renteriano me haya leído. Y era deseo perenne en mi corazón, ansia infinita en mi alma, decirlos cuatro cosas que yo pienso y siento. Rentería ha sido, ciertamente, un lugar donde se han tejido algunos capítulos del libro de mi vida. Mas dejando aparte esto, sabré decirlos que ha sido el pueblo—¿cuántos vi?—que más hondo ha dejado en mí grabado todo lo que llaman cariño por mi lugar, amor por el terreno. La vi tan bonita, tan dulce, tan amorosamente recogida entre sus dos fieles guardianes, Jaizkibel y San Marcos, que no supe ni pude sustraerme a la formidable sugestión que hoy ejerce sobre mí. Yo puedo afirmarlos—¿me equivocaré?—que Rentería no tiene calles espléndidas, ni plazas espaciosas, ni aires de gran ciudad; pero os aseguro, que aun no habiendo nada "precioso", a mí me parece todo bello. Y ello consiste, en que no es el cuerpo de los pueblos lo que conquista al individuo: es su alma, sus costumbres, sus tradiciones, su manera de ser.

Y desde la ermita de la Magdalena hasta los molinos de la Tauderia, desde la estación del Norte hasta el convento de las Agustinas, no hay lugar, ni rincón, ni escondrijo, en que yo no perciba, con todos mis sentidos, un ambiente impregnado de poesía, de dulzura, de bondad. En ella he pasado yo toda la gama de sucesos transcendentales que ocurren en una vida. He visto desfilar ante mis ojos todos esos cristales de colores que el correr del tiempo, la Parca y la fortuna, interponen entre el hombre y la vida. Alegría, tristeza, felicidad, desdichas, risas y llantos. Y a pesar de que la adversidad fue más amiga mía que la suerte, Rentería sigue teniendo en mi corazón un lugar predilecto, un sitio de honor. Cuando yo contemplo desde lejos la torre de la iglesia de Ntra. Sra. de la Asunción, y oigo tañir las campanas, golondrinas de amor que corren a mi encuentro, siento alivio en mi alma enferma y con la vista fija en el horizonte de vuestro pueblo, percibo una sensación de bienestar, de tranquilidad, de sosiego. Por mi cuerpo pasa un hábito de dicha tal, que me parece estar sumergido en uno de esos cuentos fantásticos en que las hadas juegan un papel principal.

Andando el tiempo, cuando tal vez algún día Rentería sea una época para mí, la imagen del pueblo que supo enamorarme, del lugar donde los recuerdos de mi vida se concentran en su más álgido periodo, la tierra que hizo sentir a mi alma todas las posibles emociones que en ella pueden vibrar, me hará arrancar suspiros y llorar tal vez, como Boabdil, al recordar el tañido de las campanas que, cual golondrinas de amor, volaban a mi encuentro, anunciándome la proximidad del lugar donde quedan encerrados mi dicha, mi tranquilidad, mi felicidad, mi amor.

¡¡Rentería!!

FRANCISCO NUÑEZ.

Tolosa-julio-1924.